

LA CONSTITUCION, SIEMPRE LA CONSTITUCION

Por: Andrés HENESTROSA.

De esto hace mucho; un cuarto de siglo, quizás; veinte años, tal vez. Recuerdo, sí, que eran tiempos de elecciones presidenciales, que lo son también de diputación y senadería. Tiempos, pues, como estos, que a todos ocupan y preocupan, y reclaman nuestra participación. Caminábamos al azar, sin rumbo fijo por estas calles entonces todavía no tan ruidosas, aún propicias al diálogo, imposible si dos hablan a un tiempo y uno no escucha más que oye.

Eramos Luis Correa Sarabia y yo: maya él, zapoteca yo, con algo de maya; con lo cual se quiere decir que a más de la amistad nos identificaba un remotísimo parentesco, por otra parte, hermanos entre sí. Así caminando y pensando nos detuvimos ante los escaparates de una librería. Ver libros aunque sea sólo verlos, promueve antojos de leerlos, o tenerlo en las manos, cuando no de escribirlos, como el personaje de un cuento de Rubén Darío, cuya locura era esa: ver escaparates de librerías, porque quería ser escritor. Así, entramos en la librería, ojeamos y hojeamos los más recientes libros y adquirimos alguno. Cuando nos preparábamos a abandonar el establecimiento entraron a él un indio con su hijo de la mano: una estampa como aquellas que ilustraron los viejos libros de lecturas infantiles; meramente Juárez de la mano de su tío; Altamirano de la mano de su padre meramente. El hombre sacó del bolsillo un papelito en el que estaban consignados los títulos que necesitaba adquirir. El hombre pagó la cuenta. Los sombreros en las manos, ya ganaban la puerta cuando Correa Sarabia ofreció al niño el obsequio de un libro. ¿qué libro te gustaría tener, le preguntó. La constitución política, dijo en indiecito sin titubear. Y ese fue el libro -el libro de los libros- con que volvió a su pueblo.

Ya en la calle pensamos que el niño del cuento pertenecía a la buena raza de los que quieren saber, de los que adivinan el poder redentor de la letra. Recordamos a todos aquellos que llegaron a algo por virtud del alfabeto, de la escuela, dos de ellos ya aquí memorados.

Quien lee letra a letra la Constitución no le hace falta leer la Historia Patria en la Constitución está contenida. Quien lo dude no tienen más que leer uno de sus artículos: en él está resumida nuestra historia entera. Así como todas las mañanas las labores escolares se inician con el saludo a la bandera, la primera lección del día debiera ser la lectura y comentario de un precepto constitucional. Para aquellos mexicanos que no saben leer, que ignoran el castellano, debiera grabarse en cada una de las lenguas indias de México, algunos ppor lo menos algunos- de los más esenciales artículos de la Constitución. En la plaza pueblerina, en vez de las melodías con letras ramplonas y canallas, los domingos y días feriados, los indios escucharían y sabrían qué cosa es México, porqué es como es. Tan importante y tan indispensable es el conocimiento de la Constitución, que muy bien pudiera decirse, sin caer en ningún extremo que no es mexicano cabal quien ignora la Constitución. Y aquí sí, extremando, pudiera decirse que si todos los gobernantes conocieran deveras la Constitución, otra sería su conducta: la constitución , pero mega; faculta, pero limita; dice hasta donde sí, pero hasta donde no. Quizás por eso algunos políticos nunca la han leído. Pobre dijo Juárez de uno que le reclamó la Presidencia- no leyó la constitución y se ha equivocado. La Constitución, siempre la Constitución. Bien lo adivinaba el niño del cuento. No por nada el Licenciado José López Portillo inició su campaña política en Querétaro, cuna de la Constitución. Que le sea fiel.